



VERBAS

DITAS POL-O DIPUTADO GALEGO

ALFONSO R. CASTELAO

no grandeiro e histórico acto realizado pol-os republicáns hespañoes no Stadium Centenario de Montevideo, o día 18 d-Abril do 1943.

Asistiron: 50.000 persoas.

FALARON NO MESMO ACTO:

Pol-as entidades orgaizadoras:

AUGUSTO BARCIA, ex-presidente do Consello de Ministros da República Hespañola.

Pol-o pobo uruguayo:

LUIS BATLLE BERRES, presidente da Cámara de Diputados do Uruguay, e os deputados EMILIO FRUGONI e AMADOR SANCHEZ.

Por Galicia:

ALFONSO R. CASTELAO, deputado pol-o Partido Galeguista.

Por Euzkadi:

RAMON M^a. ALDASORO, conselleiro do Goberno Vasco.

Por Cataluña:

MANUEL SERRA MORET, conselleiro da Xeneralidá Catalán.

Pol-os republicáns hespañoes:

O xeneral JOSE MIAJA eo presidente das Cortes Republicáns, DIEGO MARTINEZ BARRIO.

Demócratas:

Pesa sobre nuestro dolor de expatriados una cruz que alarga sus brazos a los cuatro vientos para sentir y abarcar todo el dolor del mundo, y nuestra esperanza se vuelca en la esperanza de los pueblos que luchan por la Libertad. Estamos bien seguros del triunfo de los Aliados, y nos parece tan absurdo creer que las potencias del Eje puedan ganar esta guerra como que Hitler sea capaz de apagar la luz de las estrellas soplando desde Berlín (ovación); pero esta misma fe la tenemos depositada en el heroísmo y martirio del pueblo español, que ha luchado, antes que nadie, por la propia causa de los Aliados, sin esperar premio ni medir sacrificios. Y con el triunfo de la Democracia en el mundo habrá de resucitar, quiérase o no, la República española, fortalecida con una experiencia que no podía tener el día 14 de abril de 1931. Preparémosnos, pues, para ser dignos de regresar a la Patria, y para ello comencemos por ser dignos de nosotros mismos, hablando con sinceridad y enseñando el fondo mismo de nuestras convicciones políticas.



Para hablar de un aspecto fundamental del problema español sólo dispongo de diez minutos y voy a hacerlo con el reloj en la mano.

La inmensa mayoría de los españoles tal vez no tengan idea de lo que es la España oficial; pero, en cambio, tiene imágenes entrañables de patria, capaces de engendrar sentimientos poderosos, y para ellos España se reduce a la tierra en donde han nacido; es decir a su nación. Y digo "nación" empleando el mismo lenguaje de los escritores clásicos castellanos, que han hablado siempre de "naciones" cuando se referían a los diferentes pueblos de nuestra península; es decir, a las Españas.

Pero sobre los recios y variados caracteres españoles, que surgen por imperativo de la historia y de la geografía, hay en España muchos hombres que viven en perpetuo milagro de levitación, sin tocar pueblo ni tierra, y que al abrazar la política pretenden reducir la vida española a fórmulas metafísicas. Estos españoles, sí, tienen idea terminante de lo que es España como Estado unitario o como unidad nacional obligatoria; pero para ellos la ima-

gen de España se reduce a un mapa dividido en cincuenta provincias, teñidas de diferentes colores.

Claro está que yo no voy a fulminar anatemas contra los españoles que todo lo aprenden en los libros, porque son útiles en ciertas disciplinas intelectuales; pero si estos españoles vuelven a sentarse en el Olimpo de nuestra República es preciso gritarles que España no es una entelequia jurídica, sino realidad tangible; que no es un vacío abstracto, sino función de concretos: Castilla, más Cataluña, más Euzkadi, más Galicia. Y si estos españoles se titulan republicanos, entonces es preciso recordarles que el republicanismo español ha nacido federal; que tiene la obligación de luchar contra el cesarismo unitario y centralista, importado en España por déspotas extranjeros, de los cuales sólo Franco merece ser representante; y que las instituciones republicanas habrán de ser verdaderamente españolas cuando sobre la cabeza de nuestros legisladores descienda el espíritu de don Francisco Pí y Margall.

Tampoco voy a exaltar a los españoles que no tienen idea ni conciencia de lo que es o de lo que debe ser el Estado español; pero afirmo que sólo en un entrar del hombre en el paisaje y de la tierra en el hombre se forjan los atributos morales de una nacionalidad. Y por eso vengo a este acto republicano y españolísimo, como diputado de Galicia e intérprete del sentir y pensar de la inmensa mayoría de gallegos, para proclamar que somos españoles porque somos gallegos, pues si no fuésemos gallegos no seríamos nada. Galicia tiene una personalidad intransferible, que se revela en su morfología social y económica, en su derecho consuetudinario y, por ende, democrático, en su lengua, en su cultura y, también, en su voluntad de existir, manifestada a través de muchos siglos y últimamente en el plebiscito autonomista del día 28 de junio de 1936 y en un segundo plebiscito: el plebiscito trágico de muchos, muchos miles de mártires. Y los gallegos no seríamos leales con nosotros mismos si para proclamarnos españoles y republicanos olvidáramos el hecho diferencial de nuestra Tierra.

Despreciar la variedad nacional española equivale a despreciar el auténtico ser de España, porque allí la variedad es tan natural, tan rica, tan admirable, que de pueblo a pueblo hasta el pan varía de forma, de sustancia y de sabor, y como el pan varía la carne y el espíritu de los hombres. No es cierto, no, que España sea única e indivisible, y de ahí provienen los peligros de desintegración cuando el Poder se concentra en una Provincia, en una ciudad o en un hombre. El separatismo en España es consecuencia de la política absorbente, uniformista, totalitaria. ¿Qué, acaso no es lícito que yo me sienta separatista de Franco? Ah, si yo pudiera en estos momentos separar a Galicia de la España to-

C 2/9

talitaria (ovación) lo haría sin vacilar, aunque más no fuese que para decirles a los españoles expatriados: "Aquí tenéis una España en donde se puede vivir en libertad". Pero de una República legalmente constituída por la voluntad del pueblo y asentada sobre las realidades españolas jamás podríamos sentirnos separatistas (muchos aplausos). Y para defender esa República no hay ni puede haber diferencias entre los españoles auténticamente republicanos (muchos aplausos).

El centralismo es lo que convierte al Estado español en la "piel de zapa" de que nos habló don Manuel Azaña o en la "caña hueca" de que nos hablara don Joaquín Costa, porque sólo en una España surgida de los fondos primitivos y unida bajo el signo de la libertad se puede establecer una convivencia inquebrantable, una paz permanente. Sólo con un sentido entrañable de la variedad se engrandece la idea republicana de España, porque lo "español" verdadero no es patrimonio exclusivo de un organismo susceptible de descomposición, por no decir ya mutilado. ¿Queréis un ejemplo? Ahí va uno entre mil que podría citar: En plena guerra separatista de 1640, provocada por la política absorbente del Conde Duque de Olivares, el Portugal restaurado protestó de que Felipe IV se titule rey de España, porque ya no era rey de Portugal, y "Portugal es una porción importantísima de España". Ved aquí, en este hecho, revelada ya la pequeñez del hispanismo que proponen los centralistas, incluso al proyectarlo sobre los pueblos americanos de nuestro origen, cuando lo reducen no sólo a la ficción de una raza o de una religión sino, incluso, de una lengua. ¿Es que el Brasil no es un pueblo hispano por el hecho de no hablar en la lengua de Castilla? ¡Cuidado! Porque para ser hijo de las entrañas de Hispania le basta con hablar portugués, como le bastaría con hablar catalán, vasco o gallego. Y ya que he tocado a eso que se llama la "hispanidad" será bueno advertir que en las costuras de la camisa de Isabel, que Franco pretende enarbolar sobre América, no viene, no, el alma de España: vienen, en cambio, escondidos y agazapados, nuevos piojos godos de una terrible virulencia (ovación).



Se me acabaron los diez minutos. Y qué gusto da hablar en esta tierra, bajo la protección de Batlle y Ordóñez, que no ha muerto ni morirá jamás! (muchos aplausos).